

René Delgado

El cazador de la verdad

Mónica Lavín

Celebramos la reciente aparición de la novela de René Delgado *Autopsia de un recuerdo*, publicada bajo el sello Grijalbo, y la reedición de la anterior: *El rescate* (originalmente aparecida en 1992 y, ahora, en Debolsillo). Cabe mencionar que se pueden leer de manera independiente, pero que leer una después de otra enriquece la experiencia porque es el mismo mundo y el mismo protagonista el que hilvana estos dos momentos de lo que apunta a una saga. El protagonista es Juan Lavín, periodista, director editorial de un diario, cancha en la que se ha movido René Delgado y por lo tanto puede legar el detalle, los hilos finos y un modo de vida a su personaje con enorme eficacia. Me llama la atención los muchos años que median entre una y otra historia y la manera en que la lectura de una se desliza en la otra sin que se note el tajo de tiempo. *El rescate* tiene como escenario el final de los setenta y el comienzo de los ochenta, los tiempos de la guerrilla salvadoreña y de las miradas utópicas, cuando Juan Lavín, quien había estado en El Salvador y tiene un grupo de amigos llamado La Guerrilla Plastimarx, recibe la encomienda de llevar una carta a Miami a los familiares de la chica secuestrada. Juan Lavín es entonces un periodista en el arranque de su carrera, comprometido con la izquierda, en el momento en que aún había luces de utopía, muro de Berlín, antes de que la guerrilla en el mundo se aliara con el narco. La novela nos permite conocer al tío de Sandra Margucían, Héctor, y a su padre Alejandro, ex cafetaleros en El Salvador, millonarios en Miami. Sandra, la chica secuestrada, es simpatizante de la lucha y se desdice de los modos de explotación de su padre. En medio de esa circunstancia conocemos a

Juan Lavín, a Teresa Illanes, de la que se enamora, a Héctor Margucían, que quiere rescatar a su sobrina por encima de los deseos de su hermana y el padre de la chica, y sobre todo entramos en el centro de pactos, lealtades y compromisos, en un mundo de clandestinidades deliberadas que no puede descifrar el periodista. Como lectores aterrizamos en un acertijo final, que presume ya la continuación de la historia.

En *Autopsia de un recuerdo*, veinte años después, Juan Lavín ya es director editorial de un diario, su vida emocional se vuelve a enganchar con la misteriosa Teresa Illanes, ahora modelo, y su deseo por ella habrá de nublar la verdad sobre el mundo que la rodea. Un mundo de ex guerrilleros ahora enganchados en las drogas y su comercio, un mundo donde la corrupción y la compra de favores sigue moviendo el circo hasta sus últimas consecuencias y donde el buscador de la verdad, que subyace en el oficio periodístico, será víctima de su elusión. Paradójicamente la ilusión amorosa es la única redención posible. Ante ese mundo oscuro, René Delgado nos coloca con destreza en el entramado, con agudeza literaria y sobre todo con honestidad escritural; entiendo por ello el respeto por los personajes. Siempre he admirado en los escritores de *thrillers* la capacidad que esgrimen para guardarse el as bajo la manga hasta el final, su habilidad para construir caminos desde el punto de vista de uno o varios de los personajes (que es lo que hace Delgado, aunque el centro siempre está en Lavín), y llevarnos por los meandros de sus conjeturas y búsquedas, de sus aciertos y equívocos. Tal vez en este acercamiento a un mundo que se desliza de los anhelos de justicia a una inevitable forma

de poder donde lo político y lo económico no tienen escrúpulos ni frontera, lo que verdaderamente sucede es la errónea lectura de la realidad, porque la maldad siempre tiene mejores artimañas, supera la imaginación y la capacidad de ficcionalizar.

Juan Lavín vive en el terreno de lo que “de verdad sucede”, porque como periodista tiene que dar cuenta de ello y tragarse mucha diplomacia (“el mundo del periodismo precisaba mucha paciencia y diplomacia en la tarea de lubricar las fuentes”), como padece el propio personaje, y tener que capotear muchas tormentas, pero él aún cree en un mundo de verdades, de transparencia. Él es tal vez el cristal, tal vez lo son todos los periodistas (por algo los asesinan). El problema con Juan Lavín es que ese cristal que quiere aplicar para escudriñar al objeto de su amor no es el mejor instrumento, se nubla por razones del corazón que la cabeza desconoce, o por razones de otra índole que rebasan las argucias de quien ya tiene un colmillo afilado en esa veintena de años que median entre la carta que entrega en Miami y la nueva entrega que también hace en Miami veinte años después y que no revelaremos porque un *thriller* bien urdido como el que ha hecho René Delgado merece nuestra discreción.

Mérito aparte de la tensión dramática que se teje en estas páginas, del mundo de la procuración de justicia, de los altos vuelos empresariales, de la transformación de los guerrilleros, a su modo procuradores de justicia, en rehenes del narco, está la revelación de un carácter y un oficio: el del periodista, ahora director editorial que a su modo ha mudado el trabajo de campo por el de oficina. Y con ello cierta ingenuidad y frescura necesaria para encarar

el mundo por la careta del conocimiento y desencanto que lastima el rostro. Eso es lo que también nos dice René Delgado cuando dibuja los pasos de Juan Lavín, sus paseos en motocicleta para liberar tensión (“a la desnudez de la ciudad se sumaba la sensación de rozarla mucho más cerca”, para “abatir tanto pensamiento sin barandal”, como en algún momento expresa), sus lealtades a amigos de viejas correrías de activismo político, su deseo de desentrañar a una mujer que lo sintetiza todo pues también lo ha encarnado: la riqueza, la militancia, la adicción.

Así como el autor nos coloca en las entrañas del periodista, también lo hace espléndidamente en las del fiscal Sayas (el narrador revela que hay un parentesco entre ambos, pues “viven de la información y a la caza de ella, acosan con o sin inteligencia a quien la tenga”), en las del tío rico Héctor Margucían, que ha querido

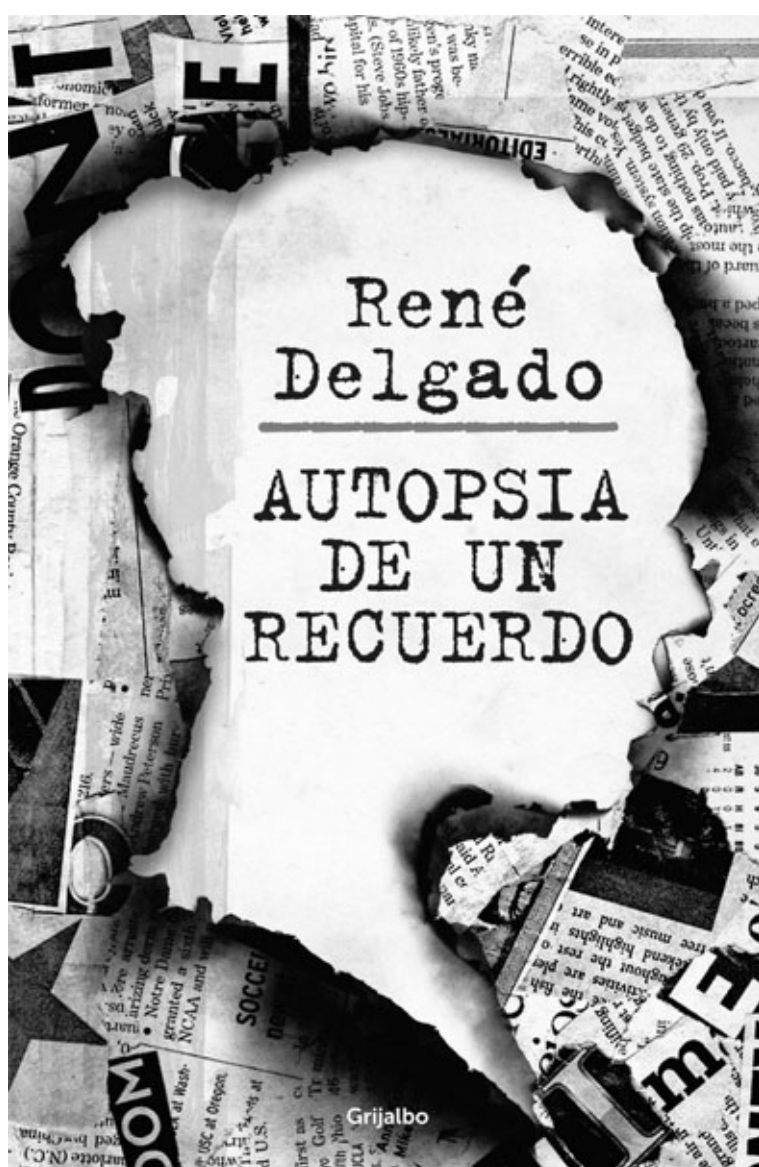
librarse de la condena de su origen. Si construir personajes es uno de los retos principales del novelista, Delgado lo hace bien cuando nos permite entrar en las contradicciones de los tres mencionados, cada uno en una esquina distinta del ring, donde en el centro están, por imaginar la geometría de los personajes que pueblan este mundo novelado, Teresa Illanes y El Chuvi, víctimas al fin. El Chuvi encarna ese mundo podrido: “Quien lo viera por primera vez, jamás imaginaría a un adicto atrapado por el consumo y la venta de drogas; a un revolucionario romántico sin campo de guerra presto a lanzarse a la insurrección; muchísimo menos a un hombre hundido en la parafernalia de su contradicción que, desatada, lo tornaba en un pendenciero y, atada, en una persona deprimida”.

Tal vez en las novelas de René Delgado los personajes están haciendo lo que nosotros con nuestra existencia: intentar

darle una altura diferente. Creer en un mundo social más equilibrado, en una justicia bien administrada, en la verdad periodística, en la amistad, en el amor. Dueño del oficio de larga carrera del periodista, sorprendiéndonos con su deseo de ficcionalizar a partir de la realidad que ha documentado, René Delgado nos coloca en el borde de la silla mientras queremos saber qué sigue. Las preguntas de Juan Lavín, las del fiscal Sayas, las de Héctor Margucían, los actores de estas dos novelas, son ahora nuestras preguntas. Hemos entrado en el corazón emocional de la historia, como distingue Delgado a la novela del periodismo en el prólogo de *El rescate*. **U**

Este texto fue leído en la presentación de las novelas en la FIL de Minería el 22 de febrero de 2015.

René Delgado, *Autopsia de un recuerdo*, Grijalbo, México, 2015, 256 pp.; y *El rescate*, Debolsillo, México, 2014, 224 pp.



René Delgado